Literatas italianas.

I

Empezaremos esta parte de nuestra obra con un estudio extenso acerca de lo que es la mujer italiana contemporánea, — ó al menos lo que era hace unos pocos años; estudio que podrá servir de modelo á las doncellas cristianas de nuestros días, y les probará que la instrucción, el amor á las ciencias y á las artes no impiden el ejercicio de las virtudes domésticas de la mujer. Nuestra heroína es la simpática Rosa Ferrucci, hija de la literata Catalina Ferrucci.

Era italiana, nacida en Bolonia el 2 de julio de 1835, hija de un profesor de la universidad de Pisa, el doctor Ferrucci y de Catalina su esposa, cuyas obras didácticas y poesías son muy apreciadas en Italia.

Las italianas han sido en todas épocas, aun en las más turbulentas y sombrías de la edad media, mujeres amantes de la instrucción, inteligentes, las cuales reciben por lo general una educación más varonil y erudita que en otros países de Europa. Así, pues, no es extraño que los padres de Rosa cuidaran de la instrucción de la niña al encontrar en ella terreno propicio en que sembrar. En lo primero en que pensó su madre fué en darla buenos y claros sentimientos religiosos. Á la edad de seis años leía correctamente en italiano, en francés y en alemán, y prefería la lectura á cualquier juego ó diversión propia de su

edad. Á poco enseñáronla inglés y latín, y no había cumplido catorce años cuando conocía á fondo la geografía antigua y moderna. Gustábala tanto el estudio de la arqueología que conocía perfectamente el origen de todas las familias italianas desde el tiempo de la Roma antigua. Aprendió después la botánica, y había leído con provecho varias obras científicas sobre diversas materias, pues su madre quiso que fuera á las fuentes mismas de la ciencia; leía en los textos originales de Tácito, Cicerón, Virgilio, etc. La historia antigua la aprendió en Rollin y en los antiguos cronistas latinos y griegos. Entre los modernos prefería particularmente á Bossuet y Fenelón, y sabía de memoria largos fragmentos de Milton, Schiller, Klopstock, íntegramente de memoria la *Divina Comedia* del Dante, y desde los once años traducía la *Eneida* con corrección.

Como la señora Ferrucci educaba varias señoritas en su casa, Rosa ayudaba mucho en esta faena, y la claridad y lucidez de sus explicaciones llamaban la atención de cuantos la oían. Había traducido las *Paradojas* de Cicerón, con notas que ella misma escribió para aclarar el texto, obra que destinaba para el uso de las jóvenes. Tenía el proyecto de compilar una historia de la Iglesia católica al alcance de las mujeres del mundo. Dejó gran número de notas que había reunido con tal objeto, y se ocupaba de ello en la noche misma en que la atacó la enfermedad que la llevó á la tumba. Su espíritu esencialmente religioso buscaba siempre en todo el amor de Dios y trataba de probar que la única fuente del *bien* y de la *verdad* está en el catolicismo.

Cuando Rosa tenía de quince á diez y seis años su

madre reunía en su casa dos veces por semana algunos amigos, con el objeto de leer por turno y al acaso fragmentos de las *Geórgicas* de Virgilio y de las *Historias* de Tácito, y explicar los textos. Á todos sorprendía Rosa, cada vez que la tocaba su turno, con las traducciones correctas que hacía y las explicaciones que daba á cada frase aun la más oscura. Su instrucción cristiana era de tal suerte perfecta, que al tratarla sólo se encontraba en ella suma modestía, gran sencillez y un modo de ser tan humilde, puede decirse, que no lastimaba á nadie con su saber : era obediente y amable con sus padres y superiores, y en todo tiempo su profunda y tranquila piedad, su verdadera caridad con cuantos veía sufrir, su carácter igual y benévolo, infundían respeto y cariño en cuantos la trataban. Ella escribía mucho en su idioma natal y su estilo era como su carácter : puro, sencillo, correcto y enérgico. Aunque tenía una alma de poeta nunca escribió sino en prosa, pero su tendencia á la melancolía y á la reflexión hacían que cada fragmento de sus obras pareciese un poema ó una elegía. Amaba con pasión todo lo desgraciado, desde los pobres y mendigos á quienes visitaba para llevarles sus economías y lo que dejaba de gastar en su tocado, hasta los pajarillos errantes y desamparados durante los fríos del invierno. Cuando veía en algún cementerio un sepulcro descuidado, se complacía en llevarle flores diciendo : « ¡Ah! ¡cuánto me duele ver una tumba abandonada! »

Entre las buenas obras que ejecutaba nuestra italiana desde niña, nótase una, digna de su claro talento y noble carácter : enseñaba á varias niñas pobres que no tenían con qué pagar maestros, la gramática italiana, geografía y francés, y éstas, merced á Rosa, lograban aprender lo suficiente para enseñar después ellas mismas en las escuelas pobres y ganar una honrada subsistencia.

En un libro que publicó la madre de Rosa, después de la muerte de ésta, refiere que durante un invierno muy crudo, notaron en la familia que si bien en la mesa tomaba el pedazo de pan más grande para sí, no se lo comía, sino que lo guardaba. Como su madre la hiciese la observación, Rosa la contestó :

— ¿Por ventura hago mal? No creía que faltaba en esto... ¡pero como el pan está tan caro en este invierno pensé que ese pedazo podría servir para dárselo siquiera á un pobre más!

Á veces sucedía que, durante los paseos al campo, pretendía ayudar á cargar los tercios de leña á las pobres que encontraba cansadas por los caminos, hasta el punto de costar trabajo impedírselo.

Desde su niñez amaba la Italia con pasión y con un patriotismo extraño á su edad. « Ella lloraba las desgracias de su patria, dice su madre, — como en otro tiempo el solitario de Bethlem gemía sobre los infortunios de Roma ; pero nuestros defectos y discordias la afligían más que nuestras desgracias. »

Rosa jamás frecuentó los bailes, ni las tertulias y saraos del gran mundo, pues su alma pura y serena como la de uno de los lagos de su Italia prefería la soledad y el retraimiento de su gabinete de estudio á todo. Así no conocía la envidia ni la emulación en el vestir, ni jamás una innoble pasión turbó la serenidad de su vida, que se componía tan sólo de afectos elevados y el amor de Dios y de los pobres.

Una de las pocas amigas íntimas que tuvo fuera de su madre (que poseía toda su confianza) era una hija del poeta Manzoni, que murió antes que ella.

Además de los estudios que hemos mencionado, Rosa tenía mucho amor á la música, y una de sus mayores dichas era comprar alguna pieza que no fuera conocida, de sus favoritos Beethoven, Weber, Mozart, Rossini y Bellini. Un día su hermano ofreció llevarla á Florencia á que escogiera lo que quisiese en una tienda de música. Cuando partió hablaba con entusiasmo de lo que pensaba comprar, mas su madre la vió regresar muy contenta, pero sin música. He aquí lo que había sucedido : al llegar á Florencia la habían informado que una familia que ella protegía particularmente se hallaba en grandes apuros, tanto que si aquel mismo día no pagaban el arrendamiento atrasado de su habitación serían arrojados á la calle. Por supuesto Rosa olvidó la música, y el dinero que llevaba para satisfacer su capricho fué á parar en manos del casero de sus protegidos. Cuando trataron de reñirla por su caridad, la niña contestó con admirable candor :

— ¿Cómo era posible obrar de otra manera? ¡Decídmelo vosotros! ¿No es cierto que era imposible?

Á pesar de su amor al estudio intelectual, Rosa siempre dedicaba una parte del día á las faenas caseras y ayudaba á su madre á invigilar la casa y las sirvientas y á coser la ropa de la familia. Tenía tiempo para todo, y jamás estaba ociosa, aprovechando incesantemente las horas de su vida para ocuparlas en algo útil. Tomaba siempre interés en lo que hacía, que es el secreto para no fastidiarse jamás. Trabajaba con el mismo buen humor y contento, ya fuese en

algún oficio doméstico, al lado de las sirvientas de la casa, ya en el gabinete de su madre, entregada á alguna obra literaria. Ninguna ocupación la fastidiaba ni arredraba, y en todo hallaba motivos de satisfacción, tratando de perfeccionarse.

No era lo que se llama una mujer hermosa; pero era graciosa y tenía los ojos negros y llenos de fuego, frente alta y serena, y aunque muchas veces parecía melancólica, cuando se entusiasmaba sus facciones se transfiguraban y parecía un ángel ó una musa. Además de que la adornaba una abundante y larga cabellera poseía dientes blancos y parejos, sus modales eran distinguidos y señoriles. Hablaba poco, con gracia y cordura, sin alardear de instruída. Siendo Rosa muy niña, su madre la preguntó un día cómo desearía que fuera su novio, si algún día lo tuviera.

— En primer lugar, contestó Rosa, le querría religioso, de modales cultos, inteligente y amante del estudio; además querría que tuviese una ocupación útil. En cuanto á bienes de fortuna, de eso no me preocupo, así como tampoco de sus prendas de belleza física. Si acaso puedo permanecer en la posición en que nací, eso me bastará para ser feliz ; pero sea rica ó pobre, si acaso puedo cumplir con mis deberes como debo, tengo seguridad de que estaré contenta.

Por una rara casualidad, á los diez y nueve años Rosa se comprometió á casarse con un joven de Liorna, abogado de profesión, llamado Gaetano Orsini, el cual en todo punto era el ideal de sus aspiraciones, — pues era cristiano vehemente, amante de las letras y en todo digno de su novia.

Poco después de su compromiso, Rosa dijó á su

madre un día de su cumpleaños, llena de contento y alegría :

— ¡Ah! mamá, Gaetano es un hombre excelente. ¡Acabamos de convenir en que después de casados, en los días de nuestros natalicios, en lugar de hacernos mutuamente regalos que serán probablemente inútiles, emplearemos el dinero en dar limosna á alguna familia desgraciada!

Cuando Orsini visitaba á su novia, pasaban horas enteras leyendo en alta voz sus autores favoritos, hablando de su vida futura y la manera como deberían emplear su tiempo para cumplir mejor con sus deberes hacia Dios y hacia su prójimo. Nada de secretillos insulsos ni de interminables conversaciones en voz baja, apartados del resto de la familia, como si sufrieran de alguna enfermedad contagiosa; lo que se comunicaban podía decirse delante de todos. El amor que Rosa profesaba á Gaetano era la perfección de aquel sentimiento espiritual y verdaderamente noble que rara alma es capaz de experimentar, según madama de Stael, quien dice : « La mayor parte de los hombres y aun un número inmenso de mujeres, no tienen la más lejana idea de lo que es el verdadero amor, y hay más gente que sea capaz de juzgar á Newton que comprender aquel sentimiento del alma. » Añade la misma escritora « que la unión de dos almas y dos corazones que se amen con perfecto amor, es imposible que dure en este mundo, porque semejante felicidad sería como gozar en la tierra y en la humanidad de lo que sólo es dable experimentar en el cielo ».

Así Dios no permitió que se consumara la unión de aquellos novios, como lo veremos adelante.

De la serie de cartas que se han coleccionado de Rosa Ferrucci, se han reunido en tres idiomas : en italiano, á su novio, y en francés y en alemán á algunas amigas.

Rosa escribía á una de aquellas las siguientes líneas, que todas las jóvenes deberían tener siempre presentes antes de elegir novio :

« Tienes razón : las jóvenes no deberían consentir en unirse sino á hombres instruídos y amantes del estudio de alguna ciencia ó de algún arte. ¿Conoces estas palabras del Padre Lacordaire? *Jóvenes, averiguad, antes de entregar vuestra mano á un hombre, si él tiene costumbre de inclinarse ante el altar de Dios, y si las manos de aquel á quien entregaréis la vuestra se unen con frecuencia para orar.* Lacordaire tenía razón, ¿no es verdad? »

No obstante su profunda instrucción y amor á la lectura, Rosa jamás leía sino aquello que su madre la había recomendado, negándose á mirar siquiera los libros y las páginas que ella la había prohibido.

Entre sus papeles se encontró una pequeña regla de vida que recomendamos á las que quieran perfeccionarse y cumplir con sus deberes religiosos, sociales y domésticos :

« Ver á Dios en todas las cosas.

» Llevar todo pensamiento y obra ante el trono del Señor.

» Pensar siempre : Dios me ve.

» Amar tiernamente la religión y la Iglesia católica.

» Unir sus obras á las de Jesucristo.

» Guardar en su corazón un gran deseo del cielo.

» Pedir á Dios la fe y la constancia de los mártires.

» Tener una confianza invencible en los efectos de la oración.

» Socorrer á los pobres por amor de Dios.

» Velar sobre sí y orar.

» Hacer el bien á todos sin excepción.

» Obedecer á su padre y á su madre.

» Ser sumisa y dócil con sus maestros.

» Callarse cuando se siente malhumor.

» No leer nunca un libro sospechoso.

» Tener una escrupulosa probidad.

» No hablar mal de nadie.

» Creer siempre en el bien.

» No tener jamás envidia.

» Pedir á Dios el don de la humildad.

» No despreciar nunca las buenas inspiraciones que Dios nos envía.

» Trabajar y estudiar con ardor.

» Elevar frecuentemente su espíritu á Dios.

» Perdonar todo á todos.

» Buscar la felicidad en las virtudes cristianas.

» Hacer lo que se debe y descansar en seguida en la divina misericordia.

» Temer el pecado más que la muerte.

» Pedir los sacramentos desde el momento en que se empieza á sentir una enfermedad seria.

» Hablar con Dios como al padre más amado.

» Unir nuestra suerte á la pasión de Jesucristo. »

Merced á las costumbres francas de la alta sociedad italiana, Rosa tenía libertad para comunicarse y escribir á su novio, que vivía en Liorna. Estas cartas llenas de unción, de caridad cristiana y amor de

Dios, deberían servir de norma y de ejemplo á todas las mujeres cristianas que buscan en sus esposos algo más que una protección física y un amor profano, sino que aspiran á unir bajo el mismo techo á dos almas igualmente templadas para el bien y que se aman santa y noblemente, como verdaderos discípulos de Jesucristo, es decir, bajo el amparo de Dios y en nombre de la religión que les ha unido.

Daremos aquí algunos fragmentos de este admirable epistolario.

ROSA Á GAETANO

Pisa, 6 de abril de 1856.

... Jamás podré agradecer suficientemente á Dios, el que me hubiese proporcionado la dicha de que seas, Gaetano, mi guía y mi protector durante esta vida. No puedo menos que decirlo, y se lo repito frecuentemente á mi madre, porque así lo pienso y lo siento en el fondo de mi alma. Á pesar de todos los defectos é imperfecciones que me han impedido tantas veces permanecer fiel á las buenas resoluciones que sin cesar tomo delante de Dios, tengo tan alta idea de lo que debe ser una esposa cristiana y de los deberes con que dentro de poco debo cumplir, que por cierto me aterrarían si no confiara con tanta fe en la bondad de Dios, que todo lo puede y que me ayudará en mi debilidad. Siempre le hablo á mi madre del santo respeto que me inspira el sacramento que vamos á recibir, y te suplico le pidas al Señor las gracias que son necesarias para que me haga lo que debo ser. Te prometo hacer todos los esfuerzos

posibles para santificarme, y quiero consagrar con esta intención todas las oraciones del mes de María; espero que la Virgen obtendrá que me sea dado lo que me falta aún. Creo que el camino hacia la perfección sería llegar á corregirse de todos aquellos pequeños defectos que nos parecen insignificantes, pero que deben disgustar tanto á la infinita perfección. Aconséjame, pues, en todo esto y te aseguro que recibiré tus correcciones, como se deben recibir de la persona que reemplazará, por la voluntad de Dios sobre la tierra, al padre y á la madre.

17 de abril.

... Tú serás, Gaetano, mi guía, te lo repito; en adelante no tendremos sino una sola voluntad, un solo amor, amándonos en nombre de Dios, por quien todos los afectos se hacen sagrados. Nuestro amor no ha nacido sólo de las dotes exteriores ni de las sombras de la belleza, ¡flor de un día! Nos amamos porque amamos á Dios. En ÉL está nuestra unión, porque en ÉL está nuestra virtud; toda la pureza de nuestro cariño, porque ÉL es para nosotros el fin de nuestras acciones. De allí resultan aquellas alternativas de alegría y de tristeza, según nos acercamos ó nos alejamos de esa perfección ideal que forma el fondo de nuestros deseos... ¡Ah! ¡Dios es muy bueno, y con cuánta adoración no le bendigo por esa esperanza y propósitos que ha puesto en nuestros corazones! Dios no solamente es para mí el eterno poder que creó el cielo y la tierra, sino la dulce misericordia que me ha dado tu corazón como la mayor de las bendiciones.

2 de mayo.

... Creo que aunque no debemos tener en mira un tipo demasiado ideal, al cual sea imposible alcanzar, sí deberíamos fortificar en primer lugar el poder de voluntad. Cuidemos de que ésta jamás se incline al mal, aun en las cosas pequeñas. Tengamos siempre aquella hermosa máxima de la *Imitación* : « Si cada año de nuestra vida corregiéramos un defecto, ¡cuánto mejor no seríamos! » ... Sí, la fuerza de voluntad nos es muy necesaria, no solamente en las grandes pruebas, sino también en las pequeñas. Allí está, según pienso, toda la virtud cristiana, porque ¿qué puede ser más agradable á Dios sino encontrar que nuestra voluntad es siempre conforme á la suya?...

30 de mayo.

Un afecto que no se fundase en el amor de Dios no podría ser feliz. Consagrémonos á AQUEL que todo lo hizo para nosotros. Creo que así como la pompa exterior del culto no vale nada para Dios, si no hay verdadero fervor cristiano, así las obras no pueden merecer la gracia, si no las inspira una intención pura y un deseo ardoroso de agradar á Dios solamente. Es preciso, pues, que todo sea de adentro para afuera; y te confieso que frecuentemente busco en las cosas exteriores y palpables una palanca visible que las eleve hacia las invisibles, descubriendo en todo lo que veo una imagen de aquella belleza eterna que no se presenta á las claras sino á la inteligencia y al corazón. ¡Entonces todo tiene una lengua : las montañas, las estrellas, el mar, los árboles, las aves, me dicen tantas cosas nuevas que sólo la